

Tiempos difíciles. Una lectura alemana de *La rebelión de las masas*

Introducción de José Lasaga Medina

ORCID: 0000-0001-8825-9874

La *rebelión de las masas* apareció publicado en folletones en el diario madrileño *El Sol* entre octubre de 1929 y agosto de 1930 y se imprimió como libro por la editora familiar de Revista de Occidente en el otoño de ese mismo año. La versión alemana no se hizo esperar. Gracias a la reciente publicación de la correspondencia entre el filósofo y su traductora al alemán Helene Weyl, sabemos que Ortega le anuncia el envío de un ejemplar para su versión germana en febrero de 1930, cuando aún faltaban algunos meses para que se pusiera a la venta en España. El 6 de mayo de 1931 Ortega envía un telegrama a su amiga y traductora felicitándola por el texto alemán y por la edición. *Aufstand der Massen* apareció en la Deutsche Verlag-Anstalt y según la carta de respuesta de la señora Weyl al telegrama de Ortega, “el libro tiene el aspecto de ir a llegar a las manos de mucha gente y a ser llevado por todas partes; no es delicado ni valioso como *Die Aufgabe unserer Zeit* [*El tema de nuestro tiempo* (1923)] pero esto no le quita tampoco su carácter. Las gentes que según su propia actitud desde tiempos inmemoriales estaban por la bandera que usted lleva alzada están naturalmente entusiasmados con el libro; yo desearía solamente que guiara como un viento fresco en la agobiante y viciada atmósfera que de vez en cuando sentimos como bastante opresiva aquí en Alemania”¹. He prolongado la cita hasta estas últimas palabras porque son la mejor introduc-

¹ José ORTEGA Y GASSET y Helene WEYL, *Correspondencia*, edición de Gesine MÄRTENS, prólogo de Jaime de SALAS, traducción de María Isabel PEÑA. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2008, pp. 113-114.

Cómo citar este artículo:

Lasaga Medina, J. (2008). Tiempos difíciles: una lectura alemana de “La rebelión de las masas”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (16/17), 279-289.
<https://doi.org/10.63487/reo.569>

Revista de
 Estudios Orteguianos
 N° 16/17. 2008
 mayo y noviembre



ción para el texto de Hermann Hesse que presentamos en esta ocasión. Y es que los lectores alemanes de *La rebelión de las masas* (*RM*) advirtieron, desde el primer momento, que aquello que se diagnosticaba en sus páginas no era futuro sino el presente vivo y palpitante que discurría por las calles de las ciudades alemanas. Lo que el breve comentario de Hesse sobre el libro de Ortega subraya es justamente que éste permitía “tomar conciencia” de la propia época.

No sabemos lo que una investigación a fondo de la recepción de *RM* en los últimos meses de la República de Weimar rendiría. Que el libro fue muy leído, lo sabemos por las notas entusiastas que Weyl hacía llegar a Ortega y por las sucesivas ediciones que el texto conoció. En lo que sigue comentaremos el contexto histórico-cultural en que Hermann Hesse lleva a cabo la lectura de *RM*, reflejada en el texto que publicamos. Y ampliaremos el mencionado contexto hasta abarcar un importante artículo de Thomas Mann, *Advertencia a Europa* (1935), en donde el pronóstico de la situación europea tiene como fuente principal, precisamente, *RM*, libro que seguramente conoció por influencia de su colega Hermann Hesse². Por lo demás, Ortega era bastante leído en Alemania desde que, a mediados de los veinte, comenzaron a aparecer sus libros gracias a los esfuerzos de Helene Weyl. Nada hay de extraño en que llegara pronto un ejemplar a las manos de Hermann Hesse, quien por cierto pasaba temporadas en Zurich, en cuya universidad Hermann Weyl, el brillante matemático, esposo de Helene, había ganado una cátedra en 1913. Los Weyl y Hesse se movieron, pues, en el mismo círculo de amistades intelectuales, que se vio extraordinariamente enriquecido con los refugiados que comenzaron a llegar a raíz de la guerra de 1914³.

El texto, de apenas dos páginas, está fechado en 1932, al año de aparecer la primera versión alemana de *RM*. Es posible que se trate de una reseña que envió a alguna de las revistas en que colaboraba. Pero el estilo del escrito es claro: una reacción espontánea a la lectura del libro, en donde Hesse declara en un lenguaje eficaz y transparente lo que le gusta y lo que no le gusta del mismo. Afortunadamente son más las impresiones positivas. Quizá, y como ya he apuntado, lo más interesante para nosotros sea que Hesse remite su lectura a la situación que atraviesa Alemania. Justo en 1932 el nuevo partido de la derecha nacionalista, el NSDP de Adolf Hitler, multiplicaba sus resultados

² Esta afirmación no pasa de ser una especulación, aunque tiene una base. La correspondencia entre ambos autores, especialmente las cartas cruzadas entre 1931 y 1935, indica que lo que ocurría en Alemania era juzgado por los dos correspondientes con argumentos muy afines a los esgrimidos por Ortega en *RM*, como espero mostrar en lo que sigue.

³ Debemos estos datos a la excelente introducción que Gesine Märtens antepone a su edición de la mencionada *Correspondencia* entre Ortega y su traductora.

electorales, pasando del 2,6 por ciento de 1928 al 37 por ciento en julio de 1932. Semejante vuelco electoral, que descapitalizaba de votos a los partidos conservadores de centro, sólo podía significar una cosa, a saber, que “las masas, que habían abandonado los partidos burgueses, no giraron a la izquierda sino que se entregaron a un nuevo movimiento que aparecía como una fuerza de energía inquebrantable: el NSDP”⁴.

Hesse valora sobre todo el esfuerzo del autor de *RM* por dar forma a “una época que lucha por tomar conciencia y trata de dibujar su propio rostro”. La historia está abierta a imprevistos. Las masas emergen como fuerza social y habrá que contar con ellas en el futuro, para bien o para mal. Se trata de “una novedad en la historia de nuestra civilización” cuyo signo, de ascenso o decadencia, no está aún escrito. Este tono expectante que adopta Ortega en los primeros capítulos de su obra contrasta con el más pesimista de la segunda, “¿Quién manda en el mundo?”. Hesse apreció el análisis de la situación: el nuevo nacionalismo reactivo amenaza el futuro de la vida europea tal y como se ha desarrollado desde la Edad Media. Europa debe convertirse en un Estado supranacional, si no quiere sucumbir al trance histórico en que se encuentra a raíz de la intervención de las masas en política. Si Ortega llegó a leer esta nota, debió de quedar encantado por su tono general, y especialmente satisfecho ante el elogio que le dedica Hesse: “es uno de los pocos hombres que tienen un conocimiento verdadero de la esencia de la historia”.

Hermann Hesse escribe con una notable autoridad espiritual, que proviene de su carácter independiente y de que en 1932 tiene ya a la espalda gran parte de su obra publicada. Ha tratado en ella de dar voz a su propia intimidad, en una búsqueda de la “autenticidad” personal que adelanta una de las intuiciones centrales de la filosofía de la existencia. Como ha observado Curtius, no es un novelista épico que reconstruye una región del mundo, como Joyce. Sus novelas son experimentos autobiográficos, “fragmentos traspuestos de la propia vida”⁵.

Hermann Hesse (1877-1962), nacido, en un pueblo de la Selva Negra, se había convertido en un escritor reconocido al publicar en 1919 su novela *Demian*, en donde a juicio de muchos comentaristas alcanzaba a dar voz a la generación expresionista que había pasado del entusiasmo patriótico (1914) al nihilismo en la derrota (1918). Siguiéron luego novelas tan decisivas como *El lobo estepario* (1927), *Siddharta* (1922), la parábola orientalista que se convertiría en los años sesenta en poco menos que el texto sagrado que invitaba a los jóvenes

⁴ Reinhard KÜHNEL, *La república de Weimar*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1991, p. 295.

⁵ E. R. CURTIUS, *Ensayos críticos acerca de literatura europea*. Madrid: Visor, 1989, p. 146.

hippies a viajar a la India en busca de paz y espiritualidad, y la obra más ambiciosa en la que trabajaba en los años treinta, *El juego de los abalorios* (1943). Recibió el premio Nóbel de literatura en 1946.

Su preocupación por la cosa política, al vivir lejos de su natal Alemania desde hace años —es ciudadano suizo desde 1924 y fija su residencia en Berna hacia 1913— es exclusivamente espiritual. Nada espera de su país... desde 1914. Fue entonces uno de los escasos intelectuales que comprendió la locura de aquella guerra y los desastres que habría de desencadenar. Vive en Suiza, pero visita Alemania de vez en cuando y conoce la situación del país de primera mano, sobre todo, por la voluminosa correspondencia que mantiene con amigos y lectores. “Muchas de las cartas que recibo de allí parecen estar escritas en un estado de fiebre muy alta, enteramente iguales a las de 1914, ardientes, delirantes, ebrias, cantos de odio y destrucción”⁶. Apenas espera que surja un poco de cordura. Recordando el duro juicio de su admirado Nietzsche sobre el hombre moderno, cree que la juventud alemana está buscando un Führer⁷ que le organice la vida, ahorrándole así los sinsabores y peligros de buscarle un sentido propio. Esta renuncia a la existencia individual era lo que le parecía más peligroso a Hesse, así como la causa de que tuvieran éxito los programas políticos de inspiración fascista.

Hesse no estaba sorprendido por los tintes que iba adquiriendo la situación social y política por la que atravesaba Europa en general y Alemania en especial, sino que parecía esperarla como una secuela lógica de 1914. No confió en la República de Weimar, aunque tampoco la atacó. La preocupación que sentía ante el curso de los acontecimientos estaba atemperada por un pesimismo que venía de lejos. Cuando Thomas Mann le propone en diciembre de 1931 que considere su reingreso en la Sección Literaria de la Academia Prusiana de las Artes, de la que había dimitido recientemente, Hesse le contesta: “me siento tan alejado de la mentalidad que domina en Alemania como en los años 1914-18”⁸. Y poco después en otra carta (primavera de 1933) reitera la misma disposición de ánimo: “Debo confesar que esta vez no estoy viviendo los sucesos de Alemania como lo hice durante la guerra y que tampoco me

⁶ “De un diario de julio de 1933”, en *Obstinación, Escritos autobiográficos*. Madrid: Alianza, 1973, p. 171.

⁷ “A un joven que busca algo parecido a un Führer”, en Hermann HESSE, *Obras completas*, IV. Madrid: Aguilar, 1967, p. 546. La huella de Nietzsche en Hesse es visible en muchos lugares de su producción. En el “Prólogo de Zarathustra”, Nietzsche había escrito: “¡Ningún pastor y un solo rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos marcha voluntariamente al manicomio”, *Así habló Zarathustra*. Madrid: Alianza, 1972, p. 39.

⁸ Carta de Hesse a Mann, fechada en Baden, diciembre de 1931, en Hermann HESSE y Thomas MANN, *Correspondencia*. Madrid: Anaya / Mario Muchnik, 1991, p. 45. Citaremos en lo sucesivo por C. seguido del número de página.

preocupo por Alemania ni me avergüenzo de ella: a decir verdad, me siento poco afectado” (C., p. 60).

En 1934 viajará a Baviera. No entra en contacto con los medios intelectuales y se trae impresiones generales que confirman lo que ya sabía: “que todo lo relacionado con la esfera espiritual va entrando allí en conflicto con el poder” (C., p. 79). Esta buena noticia se ve contrarrestada con la sospecha de que el rearme alemán prepara otra guerra.

Pero a pesar de la distancia que Hesse, retirado en los Alpes de la Suiza italiana, pone con la Historia y con Alemania, ambas llegan hasta su mesa de trabajo y se interponen en sus proyectos. En sus escritos autobiográficos publicados bajo el título de *Obsesión*, hay un breve diario de julio de 1933 que el autor confiesa tener que escribir para combatir “una paralización grande en mi producción”. La ansiedad llega con las noticias que traen las cartas de Alemania. Y la cuestión que más le atañe, de especial relevancia para la tesis central de *RM*⁹, es que ese triunfo del nacionalsocialismo sólo se puede explicar reconociendo que “las personas limpias, dignas de confianza, decentes y no forzosamente cobardes apoyan en su gran mayoría este patriotismo bélico...”. No será, se pregunta Hesse a continuación, “esta forma irracional y violenta de vitalismo organizado, este método de vocerío y caudillaje, una poderosa apisonadora de la uniformización de unos súbditos incondicionalmente obligados –no será esta maquinaria (ya sea en su forma fascista, socialista u otra distinta) precisamente el método por el que quieren y tienen que ser gobernados los pueblos en el momento actual”¹⁰. No es, pues un fenómeno político sino espiritual o cultural el que tiene lugar en Europa, donde ha irrumpido un nuevo tipo humano, el hombre-masa que se siente a placer haciendo política desde la consigna mecánica, la violencia política, la disolución de la individualidad y el empleo de los instrumentos coercitivos del Estado. Lo que transmiten las cartas que recibe de algunos partidarios del régimen es una especie de estado febril permanente: “elogian con grandes palabras la unidad e incluso la «libertad» que actualmente imperan en el Reich, y en la línea siguiente se lanzan a despotricar contra la pira inmundada de católicos o de socialistas, a los que ahora les darán su merecido. Hay un ambiente de guerra y de progromo, entusiasta

⁹ Recuérdese que la amenaza que suponen las masas para la civilización europea proviene del hecho de que el hombre-masa es el “hombre medio”: “Tenemos pues que la vida del hombre medio está ahora constituida por el repertorio vital que antes caracterizaba sólo a las minorías [...]. Ahora bien, el hombre medio representa el área sobre que se mueve la historia de cada época”. *La rebelión de las masas*. Citamos por la edición de *Obras completas*, tomo IV. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004, p. 384. En lo sucesivo, usaremos la abreviatura *RM* seguida del número de página.

¹⁰ *Obsesión*, ob. cit., 1979, p. 164.

y rebosante de ebriedad: son los estados anímicos de 1914, sin la ingenuidad que aún era posible en esa época. Costará sangre y muchas otras cosas: hiede ya bastante a maldad y negatividad. No obstante a veces me conmueve el entusiasmo por los ojos azules y el espíritu de sacrificio que se advierte en mucha gente” (C., p. 63). El fin de la cita se entiende mejor si recordamos que le escribe a su amigo Thomas Mann, víctima declarada de los nazis, pero que en 1933 vive aún apoyado en un sentimiento de patriotismo alemán¹¹.

Aunque Mann y Hesse se conocían desde algunos años antes, su trato –tanto epistolar como de visitas mutuas– se volvió más asiduo a raíz de los acontecimientos que llevaron a Mann al exilio. El 30 de enero de 1933 Hitler era nombrado canciller del Reich. El 10 de febrero de ese mismo año, Thomas Mann abandonaba su casa de Munich para iniciar una gira de conferencias sobre la figura de Wagner, de cuya muerte se cumplían 50 años. Viajó a Amsterdam, Bruselas y luego a París, desde donde tenía previsto regresar a casa. El propio Mann explica a su amigo Ernst Bertram: “Queríamos regresar a casa después de las elecciones, pero una serie de advertencias urgentísimas nos detuvieron [...]. Nos dirigimos entonces al Tesino, para visitar primero a Hermann Hesse en Montagnola [...]. El futuro se presenta incierto”¹². Las “advertencias” se referían a que las autoridades nazis habían confiscado su casa y dictado contra su persona una orden de detención. Mann se había convertido en un enemigo del régimen nazi sin, al parecer, hacer méritos suficientes para ello. Aunque Mann había evolucionado desde que reaccionara a la derrota de los Imperios centrales como nacionalista alemán estricto en sus *Consideraciones de un apolítico* (1918), y sentido después una genuina simpatía hacia la república democrática de Weimar, la llegada de Hitler al poder le cogió por sorpresa. Fue de los que, al principio, no se podía tomar en serio a los muchachos de las camisas pardas. Como tantos otros intelectuales alemanes y europeos, los despreciaban pero no los temían. Un reciente biógrafo de Thomas Mann advierte que otros escritores, incluso poco o nada identificados con el régimen como Hauptmann o el propio Hesse, fueron perfectamente tolerados. Pero en el caso de Mann trabajaban varias fuentes de odio distintas: “Lo llamaban judío, marxista, intelectualista, decadente, esnob y frío pergeñador intelectual. La palabra colectiva para definir

¹¹ Véase el final de *Tonio Kröger* (1903), una de las más representativas narraciones de juventud de Mann, que termina con las siguientes palabras: “Veo un mundo por crear, un mundo todavía impreciso que reclama se le ponga en regla y se le dé forma; veo una multitud de sombras humanas que me hacen señas para que las libre de su encantamiento y las redima: trágicas las unas, ridículas las otras... Pero mi amor más profundo y más íntimo pertenece a los rubios y de ojos azules, a los seres intensamente dinámicos, a los dichosos, a los amables y a los vulgares”. *De la estirpe de Odín*. Barcelona: Luis de Caralt editor, 1985, p. 182.

¹² Carta a E. Bertrand del 24 de marzo de 1933. Cit. en nota 2 a la carta 17 de Hesse a Mann del 21-IV-1933. (C., p. 56).

todo eso es: *antialemán*. [...] Él era el chivo expiatorio al que enviaban al destierro en representación de todos"¹³. Esta última observación suena un poco trivial, pero confirma que no había un motivo claro que convirtiera a Thomas Mann en objeto de persecución en fechas tan tempranas. Desde el principio, las sanciones, adoptadas por las autoridades locales de Munich, por un lado, y la defensa legal que la familia Mann intentó por otro, envolvieron el episodio en una cierta ambigüedad. Hubo momentos en que parecía que Berlín iba a rectificar. Mann se mantuvo a la expectativa por dos razones de peso: porque quería recuperar la mayor cantidad posible de sus posesiones y porque deseaba con toda su alma de escritor que sus libros siguieran vendiéndose en Alemania. Cuando comprendió, un par de años después de su salida de Munich, que no sólo había perdido su hogar sino que no podía hacer nada por retener a su público de lectores alemanes, se enfrentó abiertamente con el régimen nazi. Y en el primer episodio de ese enfrentamiento, juega un papel la *RM*.

Todavía en marzo de 1934 le escribía desde Arosa a Hermann Hesse que hay amigos "que me aconsejan regresar a Alemania arguyendo que me debo a mi país, que la emigración no es lo más apropiado para mí...", etc. Pero él mismo se argumenta que "perecería en esa atmósfera de tumultos masivos, autoendiosamiento y crímenes subrepticios"¹⁴ (C., p. 77). Mann se preparaba para romper públicamente con el régimen nazi —pues espiritualmente nunca había estado siquiera próximo a él. Y pocos meses después, la necesidad de hacer un gesto inequívoco se agudiza al mismo ritmo que llegan las noticias desde la patria cercana. "Los problemas actuales de Alemania me han afectado tan profundamente y constituyen un motivo de irritación tan intenso y tan incesante para mi conciencia crítico-moral que, según parece, no estoy en condiciones de

¹³ Hermann KURZKE, *Thomas Mann. La vida como obra de arte. Una biografía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2003, p. 434. Al cumplirse el año de su exilio forzado, Mann evoca en su diario, no sin amargura, las circunstancias que la salida para un corto ciclo de conferencias se convirtiera en una ausencia de muchos años. "Salimos de Munich —recuerda Mann en la entrada de su diario del domingo 11 de febrero de 1934— sin tener ni la más remota idea de lo que iba a suceder: se sucedieron La Haya y Amsterdam, Bruselas y París, el viaje en coche cama a Chur y Arosa, la noticia del incendio del Reichstag, la «revolución germánica», la obstrucción con barricadas del camino de vuelta a la patria [...]. Y todo en el mismo viaje sin retorno, una vuelta de un año que nos ha hecho envejecer a Katia y a mí en mucho más de doce meses, que nos ha marcado mucho más profundamente de lo que uno quisiera reconocer ante esas estúpidas y brutales potencias que fueron la causa de todo". Thomas MANN, *Diarios 1918-1936*. Barcelona: Plaza & Janés, 1986, p. 188.

¹⁴ Viviendo todavía en Munich, Mann refiere la siguiente anécdota a Hesse: "El verano pasado, un joven de Königsberg me llegó a enviar un ejemplar carbonizado de *Los Buddenbrook*, arguyendo que yo había dicho algo contra Hitler. Añadió, así mismo (la carta era anónima) que quería obligarme a consumir la tarea destructiva. Sin embargo no lo hice, y he guardado cuidadosamente los restos negruzcos para que algún día testimonien del estado espiritual del pueblo alemán en 1932", (C., p. 51-52).

proseguir mi labor artística cotidiana". Tomaba cuerpo la idea de "escribir un documento confesional a nivel político redactado sin tapujos, que tendría desde luego grandes repercusiones de orden interno" (C., p. 85). Podría decirse que la ruptura la llevó a cabo Mann en dos tiempos. Primero, en la redacción de "Advertencia a Europa", conferencia concebida para ser dictada en la reunión que la Sociedad de Naciones tenía prevista en marzo de 1935. Finalmente, Mann no compareció por presión de su editor: su participación podía irritar a las autoridades nazis que estaban a punto de levantar el embargo sobre sus propiedades, pero lo envió para su lectura y se publicó el texto en Estocolmo ese mismo año. El segundo tiempo de la ruptura, que se quiere ahora irreversible, tuvo lugar cuando envió una carta abierta al *Neue Zürcher Zeitung*, publicada el 3 de febrero de 1936, tomando partido por los escritores alemanes que habían tenido que huir al exilio. Y en ella escribía que "es imposible que salga nada bueno de los actuales señores de Alemania, nada bueno para Alemania y nada bueno para el mundo"¹⁵.

El texto se presenta como una reflexión sobre la crisis cultural que atraviesa Europa y que afecta con especial virulencia a las jóvenes generaciones. Que la cultura se haya convertido en una especie de engendro que huele a burguesía o liberalismo no son más que excusas para abandonarse a la pereza moral de ignorar la "responsabilidad individual" para "vivir a cuenta de las comodidades de la vida colectiva"¹⁶. El centro del problema es exactamente que "esta generación no desea sino liberarse para siempre de su yo" (*ibid.*). En cuanto al origen de esa situación completamente nueva, Mann evita el lugar común de creer que el estado de "desmoralización" que explica el triunfo de los movimientos revolucionarios fascista y bolchevique, tenía su origen en los desastres

¹⁵ Hermann KURZKE, ob. cit., p. 447. Cuando finalizaba ese mismo año, Mann reiteró su repulsa hacia el régimen nazi aprovechando la respuesta que dirigió al decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn, quien el 19 de diciembre de 1936, publicó un edicto eliminando a Mann de la lista de los doctores *honoris causa*. Daba como único argumento "la excomuniación nacional contra usted". El día de año nuevo de 1937, Mann daba a la publicidad su "Carta al Decano" que tuvo una enorme repercusión internacional. En ella se podía leer lo siguiente: "La razón de ser y el fin supremo del Estado nacional-socialista radican únicamente en esto: adiestrar al pueblo alemán para «la guerra por venir», reprimiendo sin merced, extirpando por la violencia toda veleidad de reacción; hacer de ese pueblo un instrumento de guerra, infinitamente dócil, al que no debilite ningún pensamiento crítico y que se deje llevar por una ignorancia ciega y fanática [...]. Sólo la idea de la preparación integral para la guerra puede justificar el sacrificio de la libertad, de la justicia y de la felicidad humana, puede explicar que esos hombres asuman tan fácilmente la responsabilidad de tantos crímenes cumplidos abiertamente o en secreto", "Carta al Decano de la Facultad de Filosofía de Bonn". THOMAS MANN, *Advertencia a Europa*. Buenos Aires: Sur, 1938, pp. 28-29.

¹⁶ *Advertencia a Europa*, ob. cit., p. 40. Citaremos en lo sucesivo por *Advertencia*, y el número de página.

de la Gran Guerra. En este punto no coincide con Hesse. La bancarrota de la cultura europea venía de antes, del siglo XIX y de sus éxitos en cumplir su programa de racionalización de la vida social mediante dos instrumentos: la política liberal y el dominio de la técnica sobre la naturaleza. Thomas Mann apoyaba su argumentación sobre los análisis de *La rebelión de las masas*¹⁷.

En su libro, escribe Mann, Ortega “ha demostrado de excelente manera, que es preciso buscar la razón principal en la ascensión de las masas y en su llegada al poder”. Por supuesto no se trata de la pérdida de privilegios de un burgués asustado ante las muchedumbres que se agolpan en las estaciones. Esa simpleza que también se ha esgrimido contra Ortega, evita enfrentarse con el argumento de fondo del libro que está muy bien trabado con la realidad. Mann resume el mismo notando el uso que hace la masa de la democracia liberal, “a la que deben todo: la abaten sirviéndose de ella”¹⁸. Y lo mismo observa sobre la técnica, que en su capacidad para inducir comodidades, termina por producir una especie de mentalidad primitiva, en el mismo sentido en que el hombre primitivo cree que es la naturaleza quien mágicamente produce las cosas. La técnica, dirá más tarde Ortega, es una “sobrenaturaleza” que esconde el artificio y la complejidad de la ciencia pura. Y lo que pasa con el liberalismo y la técnica, las dos producciones de la razón pura, pasa con la cultura literaria y artística. Aquí es el escritor en lengua alemana quien se duele de que no sólo no se trata de una “barbarie fresca y jubilosa” sino que –y eso es “lo verdaderamente terrible”– “unen una especie de sentimentalismo a una seudofilosofía muy peligrosa. Expresan su modernismo alborotador en una jerga romántica, sirviéndose de expresiones como «el pueblo», «la tierra y la sangre», que significan realidades muy antiguas y dignas de nuestra piedad” (*Advertencia*, p. 47).

En resumen, Mann cree que la crisis de la cultura se presenta como devaluación y desprecio de todo lo concerniente a la vida del espíritu. Pero la

¹⁷ El núcleo de la argumentación que alimenta el texto de Mann es el siguiente: según Ortega, en el siglo XIX “se crea un nuevo escenario para la existencia del hombre, nuevo en lo físico y en lo social. Tres principios han hecho posible este nuevo mundo: la democracia liberal, la experimentación científica y el industrialismo. Los dos últimos pueden resumirse en uno: la técnica” (*RM*, pp. 406-407). Ahora bien, “la perfección misma con que el siglo XIX ha dado una organización a ciertos órdenes de la vida es origen de que las masas beneficiarias no la consideren como organización, sino como naturaleza. Así se explica y define el absurdo estado de ánimo que esas masas revelan: no les preocupa más que su bienestar y al mismo tiempo son insolidarias de las causas de ese bienestar” (*RM*, pp. 408-409).

¹⁸ Ortega había escrito: “Creo que las innovaciones políticas de los más recientes años no significan otra cosa que el imperio político de las masas. La vieja democracia vivía templada por una abundante dosis de liberalismo y de entusiasmo por la ley [...]. Hoy asistimos al triunfo de la hiperdemocracia en que la masa actúa directamente sin ley, por medio de materiales presiones, imponiendo sus aspiraciones y sus gustos” (*RM*, p. 379).

degradación no la han ejecutado las propias masas, sino que han sido las minorías de intelectuales quienes han quebrado los valores del saber y de la cultura. Ha sobrevenido una especie de auto-inmolación del espíritu: “Un papel de los más extraños, por cierto, es el que han asumido los intelectuales desde hace décadas. El espíritu se volvió, primero, contra sí mismo, por la ironía; luego se negó a sí mismo, al exaltar la «vida» [...]. Conocemos esas actitudes en que el espíritu toma posición contra sí mismo y contra la razón, a la que execra como enemiga de la vida” (*Advertencia*, p. 48)¹⁹.

Los profetas del tiempo, Marx y Nietzsche, el vitalismo y el socialismo historicista, han sido no sólo vulgarizados, sino pervertidos en lo esencial de sus planteamientos. El problema del hombre moderno, zarandeado por todo tipo de teorías y doctrinas, es que termina por no poseer verdad alguna. Pero no puede pasarse sin cultura. Menospreciada y destruida la tradición, no puede acceder a las complejas intuiciones de la razón pura más que bajo la forma de sucedáneos: consignas y proclamas ideológicas. Consciente de su incapacidad, presta oídos a los demagogos que endulzan su inteligencia con la sacarina de la vida inconsciente, el mito de la Raza superior o del fin de la Historia y el heroísmo. Y así, el pequeño-burgués acabó por creerse que “la razón había sido abolida y con ella toda disciplina espiritual y moral” (*Advertencia*, p. 52). Y en un arranque de malhumor concluye Mann: “Se tiene gana de maldecir a la democracia liberal por haber creado la instrucción obligatoria” (*Advertencia*, p. 53).

Y aunque faltaba por llegar lo peor, Mann se muestra profundamente pesimista: “La debilidad del viejo mundo cultivado que retrocede, vacilante y sorprendido, ante estos hunos, es, en verdad, muy inquietante” (*Advertencia*, p. 59). Lo que ha precipitado este final de la civilización europea ha sido su propia

¹⁹ La argumentación recuerda –por no decir que coincide– con la que Julien Benda había adelantado en *La trahison des clercs*. En relación con Ortega, Thomas MERMALL en su documentado estudio introductorio a su edición de *La rebelión de las masas* (Madrid: Castalia, 1998), observa las coincidencias entre el ensayo en cuestión y la “trahison” de Benda y remite al artículo de Víctor OUIMETTE, “La política de Ortega y *La trahison des clercs*”, en *Ortega boy*, Manuel DURÁN (ed.). Xalapa, México: Universidad Veracruzana, 1985, pp. 87 y ss.

Otra coincidencia ilustre se da entre los autores citados y Hannah ARENDT, quien en *Los orígenes del totalitarismo* describió la peculiar relación que fomentaron los sistemas totalitarios entre la “elite y el populacho”. Si Mann nos advierte que las masas “nada saben ya de la respetabilidad individual” (*Advertencia*, p. 40), Arendt observa que “la alianza temporal entre la elite y el populacho se basó ampliamente en este genuino placer con el que la primera veía al segundo destruir la respetabilidad”. Arendt insiste también en que la degradación de lo que quedaba de racionalidad en la ciencia y en la historia fue también motivo de “fascinación” por parte de los intelectuales, que asistían al espectáculo del cambio a voluntad del pasado y de la tradición, anulando toda diferencia entre verdad y falsedad, pasando a ser “una simple cuestión de poder y habilidad, de presión y de infinita repetición”. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus, 1974, pp. 415 y 416.

generosidad. El ideal humanista contiene en su centro una especie de debilidad estructural en su repugnancia hacia cualquier forma de fanatismo, en su tolerancia y complacencia ante la bondad humana. Y termina reclamando la necesidad de una variante de humanismo más “militante” y “viril” (*Advertencia*, p. 60). Su llamada a Europa se sintetiza en esta palabra final: si no es capaz de reaccionar y de tomar conciencia de sí, Europa morirá (*ibid.*).

Mann y Hesse, y es posible que el segundo como guía del primero, iniciaron en la primera mitad de los treinta y como reacción a la ascensión de Hitler al poder, un cambio que habría de resultar muy valioso para la Alemania de postguerra: pasaron de la *germanidad* a la *uropeidad* sin paradas intermedias; trocaron su germanismo cultural profundo, más subrayado y dilatado en el tiempo, en Mann, en un europeísmo en el que la influencia de la segunda parte de *RM* se hizo notar. Los ojos azules y el espíritu de sacrificio de que hablaba el Hesse nieto de prusianos del Báltico y de suabos del sur, iban a ser, cada vez más, concesiones a la melancolía y cada vez menos argumentos para la vida espiritual que deseaban promover en sus futuros lectores. “El elemento común de todo esto es, me parece —escribió Hesse a Mann, refiriéndose a la situación en Alemania— tener que despedirnos de conceptos que amamos mucho y alimentamos largo tiempo con nuestra propia sangre” (*C.*, p. 55). Pero de esa despedida salía un camino que Hesse identificó primero y por el que le siguió poco después Mann: “Sin embargo veo surgir de todo esto un camino que habrá de conducirnos, tanto a usted como a nosotros, de lo alemán a lo europeo y de lo actual a lo supratemporal. Desde esta perspectiva no me parece intolerable el hundimiento de la República alemana y de las esperanzas que usted había puesto en ella”, (*C.*, p. 55). Esta notable carta está fechada en abril de 1933. En menos de dos años habríamos de ver los frutos del giro europeísta en la intimidad germana que decidía en el carácter de Mann. En la carta abierta ya mencionada, enviada a un diario suizo y en la que desafiaba a “los actuales señores de Alemania”, terminaba citando los siguientes versos de Platen:

Es mucho más sabio renunciar a la patria
que soportar el yugo del ciego odio de la plebe
bajo el dominio de una estirpe pueril²⁰.

²⁰ Citado por H. KURZKE, ob. cit., p. 448.

HERMANN HESSE

La rebelión de las masas

No todos los trabajos de este español, muy digno de ser leído, me han cautivado, a veces asoma detrás de la valentía y combatividad del autor algo así como burguesía y profesoralismo. Pero recomiendo encarecidamente este libro de *La rebelión de las masas*, porque es uno de esos libros en los que una época lucha por tomar conciencia y trata de dibujar su propio rostro. Ortega y Gasset elige, para hacer visible la estructura espiritual de nuestro tiempo, ejemplos populares a menudo banales, pero ha dibujado hasta el final algunos de ellos, especialmente al científico medio y a aquel tipo, al que llama el “señorito satisfecho”, con una claridad y expresividad, necesariamente revulsivos. En fin de cuentas el libro es un aviso del intelectual a los apáticos, del aristócrata a los abanderados de los ideales colectivos, una protesta de la personalidad contra la masa, y en éste su sentido más importante, sólo puedo aplaudirlo y alegrarme de que estas ideas pensadas desde hace tiempo por miles de personas, hayan encontrado esta expresión concisa y esperemos que también popular.

Un poco demasiado popular –pues en el fondo es un libro para pocos– y a veces un poco retórico, este libro excelente es, sin embargo, obra de uno de los pocos hombres que tienen un conocimiento verdadero de la esencia de la historia y con ello de la situación de la humanidad actual. Estoy de acuerdo sin reservas con la descripción y el análisis del hombre masa tal como los da Ortega porque no se han expresado nunca de una manera tan unitaria y clara. No menos de acuerdo, y activamente de acuerdo, estoy con su idea del Estado, y con ello con su idea de que la única posibilidad de Europa para el futuro

es convertirse en un Estado europeo. Nos ofrece además una serie de ejemplos de la Historia claramente formulados y vistos con originalidad y en particular alguna buena frase acertada y divertida, como aquella sobre los historiadores: “Del pasado se ve aproximadamente tanto como se intuye del futuro”. En conjunto: una obra exhortadora, voluntariosa, que hace tomar conciencia, de importancia europea. La mayoría de la juventud alemana, en lugar de discutir sobre los problemas del día de su generación deberían leer estos libros, no con la voluntad de hablar luego sobre ellos con altisonancia e insolencia, sino para aprender.

1952

Reproducido de Hermann Hesse
Escritos sobre literatura.
Madrid: Alianza editorial, 1984.